



Los mundos enfrentados de Luciano Pitronello

Después del trauma que sufrió en 2011, cuando perdió ambas manos al instalar una bomba en una sucursal bancaria, el joven anarquista ató cabos sueltos en su vida y decidió emprender. Pero el éxito económico le trajo otra cosa: una contradicción con su vida pasada y el reproche de sus antiguos camaradas.

Por **Gianluca Parrini C.**



► José Miguel Barros, de camisa, era el orientador del colegio Teresiano Enrique de Ossó. Conoció a Pitronello desde su adolescencia. Terminaron siendo amigos para toda la vida.

El cuerpo de Luciano Pitronello (36) estaba tendido ese 13 de agosto en una habitación de la Clínica Las Condes, en el área de cuidados intensivos. Dos días antes, la grúa que operaba en el Parque Alberto Hurtado, en La Reina, había pasado a llevar un cable de alta tensión. La descarga recorrió el camión que la sostenía y llegó al cuerpo de Pitronello.

Su madre, Érika Schuffenegger, apenas se enteró fue al centro asistencial. Allí, su familia y su hermano Franco fueron llamando al círculo más cercano de su hijo. El pronóstico era malo: Pitronello podía vivir solo con asistencia mecánica. A su familia los doctores le dijeron que si bien su cuerpo latía y sus pulmones funcionaban, estaba muerto y no había posibilidad de que despertara.

Por eso, todos tuvieron una ventana de tiempo para despedirse de Pitronello. Luego, lo desconectaron.

El velatorio y el funeral fueron organizados en el Parque del Recuerdo de Huechuraba. Érika Schuffenegger dice que anticipaba que podrían llegar más personas que la familia: la noticia de la muerte de su hijo circuló rápidamente por perfiles de Instagram de grupos anarquistas. Pero lo que pasó, dice, no lo puede entender.

Schuffenegger cuenta que ella esperaba que el adiós de su hijo fuera algo íntimo. Pero la caravana de autos que acompañó la carroza en su llegada al cementerio iba tirando fuegos artificiales. A la llegada, hubo una escaramuza con Carabineros, que había destinado un carro policial para la ceremonia.

El ataúd de Luciano Pitronello estaba cubierto de flores, fotos, juguetes y cartas. Pero también lo cubría una corona de flores negras con una letra A encerrada en un círculo, símbolo del anarquismo. La imagen era curiosa, dicen los que estaban presentes en el Parque del Recuerdo: por un lado, había una familia acomodada del sector oriente de Santiago velando a su hijo y hermano, quien se convirtió en un emprendedor exitoso tras fundar una empresa de contenedores. Por el otro, un centenar de personas con ropas y banderas negras querían también despedir a quien consideraban un héroe: una persona que entró al anarquismo siendo adolescente y perdió parte de su cuerpo detonando una bomba en una sucursal del Banco Santander el año 2011. Todo por la causa antisistema.

La madre de Pitronello estaba enojada. En pleno velatorio, algunos anarquistas colgaron un lienzo negro sobre la entrada del salón donde estaba siendo velado.

—Ahí perdí los estribos. ¿Qué se creen? Ustedes ni lo conocen. Pesqué el lienzo, lo saqué, se los tiré lejos. Después empujé a tres.

Schuffenegger dice que esta no era la despedida que quería para su hijo.

—De los cien pericos que aparecieron, todos de negro, Luciano tenía que haber conocido a unos 20.

A la hora de los discursos finales, hablaron la madre de Luciano; José Miguel Barros, quien

era su orientador en el Colegio Teresiano Enrique de Ossó, y Luis Peredo, uno de sus mejores amigos y compañero de curso. Todos recordaron sus momentos con Pitronello. Le pusieron Ángel para un Final, la versión de Los Bunkers, y Un beso y una flor, de Nino Bravo.

Pero el discurso que hizo que el funeral cambiara absolutamente de tono fue el de una de sus exparejas y madre de su hijo Emilio, Arlette Espinoza. La mujer fue contactada para este reportaje, pero no respondió.

—Ella dio un discurso muy fuerte -recuerda Peredo-. Dijo que Luciano no se reinsertó realmente a la sociedad. Que era una forma de engañar al mundo, porque él en realidad seguía siendo un anarquista que quería derrocar el capitalismo, y que todo era un engaño para los medios de comunicación.

Pero eso no le hizo sentido a Schuffenegger. Ese era precisamente el mundo que ella estaba segura que Pitronello había abandonado.

Querer morir

Luciano Pitronello decía que quería morir. Lo gritaba en su pieza, a todo pulmón. Tenía rabia. Era 2012, y el joven de 23 años recién comenzaba su condena de seis años de libertad vigilada por colocar una bomba en un Banco Santander de Vicuña Mackenna, el 1 de junio del 2011.

Desde ese momento, Pitronello vivía en la casa de su madre, los dos solos, en la calle Amapolas, en Providencia. Érika Schuffenegger lo asistió en todo ese proceso: lo bañaba, lo vestía y lo asistía en las tareas más incómodas. Pitronello había perdido su mano y antebrazo derechos por completo. La explosión también le cercenó el pulgar, el índice y el anular de la mano derecha. El dedo corazón no lo podía mover. Por ende, solo le quedaba el meñique para interactuar con su entorno.

Ese día de 2012, su mamá entró a su habitación después de escuchar los gritos. Encontró a Pitronello fuera de sí.

—Gritaba: ¡Esto no me tenía que haber pasado, yo me tenía que haber muerto!— recuerda Schuffenegger.

Esos días, dice la mujer, fueron difíciles. Sobre todo, porque primero tenían que recomponer la relación entre ambos, que en ese momento estaba rota.

Pitronello, recuerda su madre, creció en un hogar donde las necesidades económicas estaban cubiertas. Su padre, Herbert Pitronello, fundó dos negocios: uno de repuestos en la calle Diez de Julio, en Santiago, y otro de arriendo de maquinarias.

La estabilidad económica les permitió matricular a sus tres hijos, Romina, Luciano y Franco, en el Colegio Particular Teresiano Enrique de Ossó. Pero en cuanto a la convivencia familiar, Schuffenegger asume que, por el trabajo demandante de sus emprendimientos, nunca les dedicaron a sus hijos el tiempo que requerían. Volvían del colegio y estaban prácticamente solos: los dos padres estaban en las empresas hasta pasada la medianoche. Cuando llegaban, seguían ocupados en sus computadores.

La relación del matrimonio se empezó a resquebrajar. Luego vino un período oscuro.



A nosotros nos veía como si fuéramos el capitalismo puro. (...) Al final, se estaba rebelando contra nosotros.